

Y NOSOTROS ¿QUÉ PODEMOS HACER?

“Y nosotros que podemos hacer”, hace eco a la pregunta que el Padre Boisdron le hizo a nuestra Madre Elmina, luego de relatarle la situación que estaban viviendo tantos niños en Tucumán en 1886, sin sus padres, solos, indefensos y muchos de ellos muertos de hambre y enfermos.

¿Cómo podremos asumir nosotros ese “y nosotros” para “qué podemos hacer”, si muchas veces nos alejamos del dolor y del sufrimiento, tanto ajeno como propio?

Es por eso que le queremos proponer un itinerario para que aprendamos juntos a acompañar el dolor de nuestros hermanos, y a responder que nos queremos comprometer a cuidar de sus vidas, principalmente de aquellas que están en una situación de mayor vulnerabilidad y pobreza.

El corazón del ser humano se mide por su capacidad para acoger el sufrimiento. Porque es lo extraño, lo que no se reconoce jamás como propio, lo que nos visita cuando sufrimos, es una visita molesta, un aguijón agudo del dolor. El sufrimiento y el dolor vienen cuando una menos lo espera, cuando no puedes defenderte de él. Muchas veces es el mismo dolor y sufrimiento por algo o por alguien que hace que lo amemos más, y nos invita, por así decirlo, a que podamos darnos desinteresadamente a los otros, por ejemplo cuando una persona está enferma, o está viviendo una angustia fuerte, o necesita de nuestro cuidado, al tomar conciencia de su necesidad, nos damos completamente a ella.

El sufrimiento cuando es verdaderamente fuerte, nos reduce al silencio; el que sufre calla, no es capaz de abrir la boca. Mudos, vencidos por el dolor, por el peso de la indiferencia o la falta de amor, o por el fracaso, alejados de aquellos con quienes queremos estar... mientras los otros están felices y satisfechos con su suerte.

La primera fase ante el sufrimiento, propio o ajeno, se caracteriza por la mudez y el quedarnos paralizados; tendemos a callarnos ya que el dolor nos deja sin palabras... solamente emitimos un sonido de gemido, el ¡ay!... queremos estar solos, que nadie nos moleste, alejado de los demás, aunque quieran consolarnos, nos resultan molestos e inoportunos. Nada nos viene bien, las grandes ideas de nuestros amigos o familia nos resultan una locura. No podemos salir de nosotros mismas... todo nos parece inútil.

(Exponemos distintas imágenes de un pintor ecuatoriano, Osvaldo Guayasamín, sobre el dolor. “Pintar es una forma de oración al mismo tiempo que el grito. Es casi una actitud fisiológica y la más alta consecuencia del amor y de la soledad. Por eso, quiero que todo sea nítido, claro, que el mensaje sea sencillo y directo. No quiero dejar nada al azar, que cada figura, cada símbolo, sean esenciales; porque la obra de arte es la búsqueda incesante de ser como los demás y no parecerse a nadie”, Guayasamín, de *El tiempo que me ha tocado vivir*.)

La segunda fase ante el sufrimiento es poder romper la mudez y el silencio. Del gemido, del ¡ay! pasamos a la queja, que es la primera expresión humana frente al dolor. Quejarnos ante alguien es hacernos conscientes de que podemos hablar, de que el sufrimiento no ha secado del todo nuestras lágrimas. La queja le da un rostro humano al sufrimiento, es como decir, ¡estamos todavía vivos y podemos pelear! Miramos de frente lo que nos pasa, a la cara, como si lo sacáramos hacia afuera, le echamos la culpa a otro, aunque hasta ahora no tenga nombre... quizás esa otra persona que recibe

nuestra queja, nos tome de la mano y nos permita entrar en un diálogo que nos comience a sanar por dentro... comenzamos a desaguarnos... Podemos decir en esta etapa... ¿qué he hecho para merecer esto?... ¿qué han hecho para vivir esto?

Hay una tercera fase ante el sufrimiento y es la que tiene que ver con la queja ante Dios, que se transforma en oración. La angustia del corazón, esa protesta frente a la maldad del otro, que nos ha dejado en una situación de abandono y de dolor, nos lleva muchas veces a dirigirnos a Dios diciéndole que Él es el responsable de nuestra situación. Muchas veces no tenemos vergüenza frente a Él y le decimos todo lo que nos pasa, desde nuestra desesperación nos animamos a quedarnos totalmente desarmados, porque sabemos que el Señor no nos juzgará y recibirá todo lo que le digamos.

Al hablar así con Él demostramos que somos hijos amados, muy queridos, y nos dirigimos con toda libertad porque nuestro corazón está en aprieto, y sabemos y estamos en lo cierto que solamente Él nos dará un respiro. Muchas veces ese respiro viene cuando mirando al mismo Dios, se nos revela el sufrimiento de los inocentes; aquellos, y muchas veces nosotros, que sin buscarlo, estamos viviendo esta situación de total vulnerabilidad... y el Señor nos invita a ser solidarios en el dolor. Es muy diferente sufrir siendo consciente que hay otros que están en nuestra misma situación y que esa solidaridad nos enriquece a ambos. Cuando logramos abrirnos al sufrimiento del otro, podemos vivir nuestro dolor con una perspectiva de luz y esperanza. Porque no somos los únicos que estamos transitando esta situación, y porque juntos podemos caminar apoyándonos los unos con otros.

Mirando así nuestro sufrimiento, podemos pasar a **la otra fase**, que es el encuentro personal; el romper las barreras que nos aíslan y salir al encuentro con el que sufre más que yo. Al compartir el dolor desde la **cercanía**, se busca una salida juntos, es por eso que esta fase está caracterizada por la **proximidad**, el contacto siempre es sanador. En los relatos evangélicos siempre existe la ecuación: **si hay contacto hay salvación**. También cuando uno comparte el dolor lo hace desde la **gratuidad**, no intenta sacar ventaja, ni tampoco tenemos nada que ofrecer, es un acercamiento desinteresado, fruto de una actitud compasiva.

En la vida de todos nosotros debemos tener experiencias de voluntariado y solidaridad, en donde tengamos contactos con otras vidas, muchas veces rotas y con dolores muy profundos, situaciones de pobreza y miseria, ya que desde allí aprenderemos que es sanador compartir las situaciones adversas, las rupturas familiares, los fracasos escolares o de amistad, ya que al abrirse a esa vida compartida, el corazón se nos conmueve, y nuestras manos se mueven a la compasión, que no es otra cosa que vivir juntos la ayuda mutua y el ejercicio de la comprensión. Hacer nuestro el sufrimiento ajeno nos da una energía liberadora, nos hace más fuertes y nos saca de nosotros mismos.

Este encuentro compasivo, si es auténtico, no se está a la espera del otro, se corre hacia él, se acerca uno al caído, lo vuela, lo monta en su cabalgadura, lo lleva a la posada, lo cuida... y vuelve por él, como el buen samaritano. La distancia nos ha hecho extraños; la cercanía, el abrazo, nos devuelve a nuestro lugar más propio; hijos, amigos, amados, celebrando la vida.